

MAX HASTINGS NÉMESIS

LA DERROTA DEL JAPÓN 1944-1945



CRÍTICA

MAX HASTINGS

NÉMESIS

La derrota del Japón,
1944-1945

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: enero de 2008

Primera edición en esta nueva presentación: marzo de 2016

Némesis. La derrota del Japón 1944-1945

Max Hastings

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Nemesis. The Battle for Japan, 1944-45*

© Max Hastings, 2007

© de la traducción, Cecilia Belza y Gonzalo García, con la colaboración de Francesc Fernández (capítulos 17 a 22 y Agradecimientos) y Noelia Jiménez (capítulos 1 a 5), 2008

© Editorial Planeta S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9892-939-3

Depósito legal: B. 2775 - 2016

2015. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

Índice

<i>Introducción</i>	11
1. Dilemas y decisiones	25
2. Japón: desafío a la gravedad	62
3. Los británicos en Birmania	96
4. Titanes en el mar	143
5. El regreso de los Estados Unidos a Filipinas	166
6. «Las flores de la muerte»: el golfo de Leyte	191
7. En tierra: la batalla por las montañas	247
8. China: el dragón por la cola	271
9. MacArthur en Luzón	311
10. Una miniatura sangrienta: Iwo Jima	342
11. El bloqueo: la guerra submarina	367
12. Quemar una nación: LeMay	387
13. Más allá de Mandalay	437
14. Australianos: «parásitos» y «liquidadores»	458
15. Cautiverio y esclavitud	470
16. Okinawa	502
17. La guerra de Mao	549
18. El ocaso de los imperios	581
19. Las bombas atómicas	609
20. Manchuria: el zarpazo del oso	665
21. El último acto	696
22. El legado	749

Breve cronología de la guerra con Japón	767
Agradecimientos	773
Notas	777
<i>Índice alfabético</i>	811
<i>Índice de mapas</i>	837
<i>Créditos de las ilustraciones</i>	839

Dilemas y decisiones

I. LA GUERRA DEL PACÍFICO

Tal vez sería más fácil entender los sucesos acaecidos entre 1939 y 1945 si empleáramos el plural y habláramos de «las segundas guerras mundiales». Las luchas desatadas por Alemania y Japón solo compartían el hecho de que ambas naciones escogieron a muchos adversarios en común. Los únicos notables que trataron de dirigir los conflictos occidental y oriental como una empresa conjunta fueron Franklin Roosevelt, Winston Churchill y sus respectivos jefes de Estado Mayor. Después de que el ataque japonés sobre Pearl Harbor, el 7 de diciembre de 1941, convirtiera a los Estados Unidos en parte beligerante, los Aliados se enfrentaron a la controvertida tarea de asignar sus recursos a los diferentes teatros de operaciones rivales. Alemania era, con diferencia, el enemigo más peligroso de los Aliados, mientras que Japón era el principal foco del odio estadounidense. En mayo de 1942, en la batalla del mar del Coral, y un mes más tarde, en la batalla de Midway, la Marina de los Estados Unidos obtuvo sendas victorias que contuvieron el avance japonés a través del Pacífico y eliminaron el peligro de una invasión de Australia.

A lo largo de los dos años siguientes, la Marina estadounidense se hizo más fuerte, mientras sus *marines* (infantería de marina) y sus soldados del ejército de Tierra expulsaban a los japoneses, lenta y costosamente, de los bastiones que habían tomado en las diversas islas. Pero el presidente Roosevelt y el general George Marshall, presidente del Estado Mayor Conjunto, se resistieron a las peticiones del almirante general Ernest King, comandante general de la Marina de los Estados Unidos, y del ge-

neral Douglas MacArthur, comandante supremo en el sudoeste del Pacífico, que demandaban que el teatro oriental se convirtiera en el objetivo principal del esfuerzo bélico estadounidense. En 1943 y 1944, la enorme movilización industrial de Estados Unidos hizo posible que se enviaran grandes fuerzas de navíos de guerra y aviones tanto hacia el este como hacia el oeste. No obstante, la mayoría de las tropas terrestres estadounidenses se enviaron al otro lado del Atlántico, para luchar contra los alemanes. Una vez controlada la invasión de Japón, se fueron proporcionando a los comandantes aliados fuerzas suficientes para detener al enemigo oriental, que, sin embargo, eran insuficientes para conseguir una victoria rápida. La guerra japonesa fue considerada de segunda categoría, lo que dio origen al resentimiento de quienes tuvieron que luchar en ella; pero desde el punto de vista estratégico, era una decisión sabia.

Los Estados Unidos y Gran Bretaña enviaron a Europa y Asia campañas diferentes, que desempeñaron papeles distintos. Por su parte, Stalin solo estaba interesado en el conflicto con Japón en la medida en que pudiera ofrecerle oportunidades de acumular botín. En las palabras de un diplomático estadounidense, en un memorándum enviado al departamento de Estado,* en octubre de 1943: «Es posible que los rusos ataquen a los japoneses cuando les convenga —y eso bien podría ser en las fases finales de la guerra—, con el único propósito de hallarse en situación de imponer condiciones a los japoneses a la hora de establecer nuevas fronteras estratégicas». ¹ Hasta el 8 de agosto de 1945, la neutralidad soviética en el este se preservó de un modo tan escrupuloso, que los B-29 estadounidenses que tuvieron que hacer un aterrizaje forzoso en territorio ruso se vieron obligados a permanecer allí. Entre otras razones, para permitir que los rusos copiaran el diseño.

A los soldados, marinos y aviadores, todo campo de batalla que estuviera más allá de su alcance les parecía remoto. Según declaró el teniente John Cameron-Hayes, del 23.^{er} regimiento de montaña de la artillería india, cuando luchaba en Birmania: «Lo que estaba sucediendo en Euro-

* Los «departamentos» del gobierno de los Estados Unidos se corresponden aproximadamente con nuestros «ministerios»; los «ministros» son denominados «secretarios» (su «secretario del Tesoro», por ejemplo, viene a ser nuestro «ministro de Hacienda»). Téngase en cuenta asimismo que en el libro se menciona también a los «ministros» como cargo diplomático, en el sentido que María Moliner define como «Nombre genérico aplicable como definición o con una especificación a los agentes diplomáticos». (*N. de los t.*)

pa, en realidad, no nos importaba». Más sorprendente aún fue el fracaso de Alemania y Japón en la tarea de coordinar sus esfuerzos bélicos, ni siquiera en la medida de lo posible, teniendo en cuenta su separación geográfica. Estos dos aliados simbólicos, cuyo destino se unió en diciembre de 1941, dirigieron sus operaciones por separado, sin apenas excepciones. Hitler no deseaba que los asiáticos se inmiscuyeran en su guerra aria. De hecho, a pesar de los grandes esfuerzos de Himmler por demostrar que los japoneses poseían sangre aria, le avergonzaba que la causa nazi se asociara con aquellos *Untermenschen* («hombres inferiores»). Himmler recibió al embajador de Japón en Berlín dos veces después de Pearl Harbor y no volvió a hacerlo durante todo un año. Cuando en 1942 Tokio propuso atacar Madagascar, la Marina alemana se opuso a ello por considerarlo una violación de las esferas de actuación que ambos países habían acordado, separadas por el meridiano 70°.

En 1941-1942, un ataque japonés contra la Unión Soviética, justo cuando los rusos luchaban por poner freno a la invasión de Hitler, podría haber supuesto un gran avance para el Eje. A Stalin le aterrorizaba que tal cosa pudiera suceder. El embargo del petróleo y la congelación de activos impuestos en julio de 1941 por los Estados Unidos sobre Japón —la mayor torpeza diplomática que cometió Roosevelt en los meses anteriores a Pearl Harbor— estaban pensados, en parte, para disuadir a Tokio de unirse a la operación Barbarroja de Hitler. El belicoso ministro de Asuntos Exteriores de Japón, Yosuke Matsuoka, dimitió en el mismo mes porque su Gobierno rechazó sus insistentes peticiones de hacerlo.

Pero no fue hasta enero de 1943, ya próximo el desastre final de Stalingrado, cuando Hitler realizó sin éxito un tardío intento de persuadir a Japón para que se uniera a su guerra rusa. Para entonces, el momento había pasado y ya nunca tuvo lugar una intervención que habría alterado el curso de la historia. El aliado asiático de Alemania estaba demasiado comprometido en el Pacífico, el sudeste de Asia y China como para granjearse un nuevo adversario gratuitamente. Tan poco profunda era la relación de Berlín con Tokio que, cuando Hitler regaló a su aliado dos submarinos de último modelo para que los reprodujeran, los fabricantes alemanes se quejaron de que se habían violado sus derechos de patente. Una de las deficiencias más graves de Japón, en 1944-1945, era la de carecer de armamento portátil antitanque; pero no se llevó a cabo ningún intento de copiar el alemán *Panzerfaust*, un arma excelente y barata.

Tanto Japón como Alemania eran Estados fascistas. Michael Howard ha escrito: «Los programas de ambas [naciones] se alimentaban de

una ideología militarista que rechazaba el liberalismo burgués del Occidente capitalista y glorificaba la guerra como el destino inevitable y necesario de la humanidad». ² Este compromiso compartido de Alemania y Japón con la guerra por mor de la guerra es la mejor razón para rechazar los alegatos que pretenden atenuar la conducta de ambos Estados.

No obstante, aun siendo compañeros del Eje, los dos se movían según sus propias ambiciones. La única manifestación obvia de un interés común era que los planes de los japoneses se fundamentaban en dar por segura una victoria alemana. Como había hecho Italia en junio de 1940, Japón decidió, en diciembre de 1941, que las dificultades de las viejas potencias coloniales europeas exponían sus propiedades más remotas a la rapiña. Japón intentó conseguir acceso al petróleo y las materias primas vitales, así como espacio para una migración masiva desde las islas.

Un historiador estadounidense ha escrito lo siguiente sobre la *Daitoa Senso* de Japón, la llamada Gran Guerra de Asia Oriental: «Japón no invadió países independientes del sur de Asia: invadió puestos coloniales que los occidentales habían dominado durante generaciones, dando por sentada su superioridad racial y cultural sobre sus súbditos asiáticos». ³ Hasta aquí, está en lo cierto; pero sin duda hay que situar la captura japonesa de posesiones británicas, holandesas, francesas y estadounidenses en el contexto de su previa agresión contra China, donde, durante una década, los ejércitos japoneses habían hecho un alarde de crueldad hacia sus vecinos asiáticos. Después de tomar Manchuria en 1931, los japoneses comenzaron en 1937 un saqueo gradual de China, que continuó hasta 1945.

Al inaugurar la «gran esfera de coprosperidad de Asia Oriental», Japón tenía la impresión de que había llegado tarde a la lucha por el imperio, que otras naciones llevaban siglos librando. Consideró hipócritas y racistas las objeciones de las potencias imperiales occidentales a su intento de igualar sus propias interpretaciones generosas de lo que constituían intereses legítimos en el exterior. Tal perspectiva no carecía de fundamento: las dificultades económicas de Japón antes de la guerra y las pretensiones de una política de «Asia, para los asiáticos» inspiraron alguna simpatía entre los pueblos sometidos por los imperios europeos. Estas simpatías se desvanecieron, no obstante, a la vista del comportamiento de los ocupantes japoneses en China y en otros lugares. Con la devastación de los chinos en el sur de Asia, los japoneses pretendían en parte ganarse el favor de los pueblos indígenas; pero estos, a su vez, pronto se encontraron sumidos en el sufrimiento más atroz. A los nuevos líderes se les impedía tratar a los conquistados con humanidad (incluso en el caso

de que hubieran deseado hacerlo), ya que el propósito de la invasión era privarlos de comida y materias primas en beneficio del pueblo de Japón. A la opinión pública occidental se le ha hablado mucho, desde 1945, de la inhumanidad de los japoneses hacia los británicos y los estadounidenses que cayeron en sus manos durante la guerra; sin embargo, tal inhumanidad resulta absolutamente insignificante comparada con la magnitud del maltrato que infligieron a los asiáticos.

Es fascinante conjeturar cómo podrían haberse desarrollado los acontecimientos si los Estados Unidos y Filipinas hubieran sido excluidos de los planes de guerra japoneses en diciembre de 1941; si Tokio se hubiera limitado a ocupar la península malaya, Birmania y las Indias Holandesas. Roosevelt, sin duda, habría deseado responder a la agresión japonesa y entrar en la guerra: el embargo del petróleo impuesto por los Estados Unidos tras el avance de Japón en Indochina fue lo que resolvió a Tokio a luchar contra las potencias occidentales. No obstante, sigue siendo discutible si el Congreso y el sentir público de los Estados Unidos habrían permitido al presidente declarar la guerra en ausencia de un ataque directo contra los intereses nacionales o la ulterior declaración de guerra de Alemania a los Estados Unidos.

La falsa idea de que el ataque de Japón aplastó a la flota americana del Pacífico ha estado muy extendida durante un tiempo. No obstante, lo cierto es que los seis viejos acorazados inutilizados en Pearl Harbor —cuatro de los cuales volvieron a usarse en la guerra, después de ser reparados con brillantez— importaban mucho menos para el equilibrio de fuerzas que los cuatro portaaviones, las reservas de petróleo y las instalaciones del astillero naval, que escaparon del ataque. Japón pagó un precio moral absolutamente desproporcionado por un éxito táctico modesto, aunque espectacular. El «día de la infamia», como se lo ha dado en llamar, enardeció al pueblo estadounidense como ninguna provocación menor lo habría hecho. La operación debe, por tanto, considerarse un fracaso que vacía de significado la exaltación que mostraron los aviadores de la Marina Imperial cuando volvieron a aterrizar en sus portaaviones el 7 de diciembre de 1941. A partir de ese momento, los estadounidenses se unieron en su determinación de vengarse de los traidores asiáticos que habían atacado a un pueblo pacífico.

El único cálculo estratégico acertado de los japoneses fue comprender que su destino dependía del de Hitler. Solo la victoria alemana podría haber salvado a Japón de las consecuencias de sus ataques a naciones enormemente superiores en cuanto a potencial industrial y militar. El

coronel Masanobu Tsuji, artífice de la conquista de Singapur por parte del ejército japonés y defensor a ultranza de la expansión nacional, dijo: «sinceramente, creíamos que Estados Unidos, una nación de comerciantes, no persistiría en una guerra que le hacía perder dinero, mientras que Japón podía sostener una campaña prolongada contra los anglosajones».⁴ La mayor equivocación de Tokio fue percibir su ataque como un acto político que podría revisarse a la luz de los acontecimientos. En diciembre de 1941, Japón lo apostó todo por una guerra corta y una victoria rápida en la que los vencidos tendrían que aceptar sus condiciones. Incluso en agosto de 1945, muchos líderes japoneses se negaban a reconocer que, desde el día de Pearl Harbor, ya no les correspondía a ellos determinar los términos de referencia para la lucha. Era completamente descabellado suponer que las consecuencias de un fracaso militar podrían mitigarse por medios diplomáticos. Al decidirse a participar en una guerra total, la nación se expuso a una derrota total.

La pérdida de Hong Kong, la península malaya y Birmania, en 1941-1942, supuso para Gran Bretaña una humillación equivalente a la que sufrieron los Estados Unidos en Pearl Harbor. Sin embargo, a sus gentes les importaba relativamente poco la guerra en Extremo Oriente, fuente de consternación para los soldados británicos obligados a luchar en ella. A Winston Churchill le atormentaba el deseo de compensar la derrota que sufrieron en febrero de 1942 unos setenta mil hombres de las tropas del imperio británico a manos de treinta y cinco mil japoneses. «Solo podemos borrar la vergüenza de nuestro desastre en Singapur volviendo a tomar esa fortaleza»:⁵ tales eran las palabras que Churchill insistía en dirigir a los jefes del Estado Mayor británicos aun el 6 de julio de 1944, en uno de sus muchos intentos —afortunadamente, frustrados— de que tal objetivo determinara la estrategia oriental.

Sin embargo, al pueblo británico la guerra del Pacífico le parecía algo remoto. El personaje japonés del legendario programa de humor radiofónico *ITMA* era Hari Kari, un payaso gangoso. En junio de 1943, el secretario de Estado de la India, Leo Amery, propuso formar un comité para poner a la opinión pública británica en contra de sus enemigos asiáticos. El ministro de Información, Brendan Bracken, expresó así su total desacuerdo:

Está muy bien decir: «Debemos educar al pueblo británico para que considere a los japoneses como si fueran alemanes y a la guerra del Pacífico, como si fuera una guerra europea», pero mientras los japoneses siguen estan-

do a muchos miles de kilómetros de aquí, los alemanes, durante años, han estado a solo treinta kilómetros de nuestras orillas y han sobrevolado nuestro país demasiado a menudo. El interés y los sentimientos van a donde los amigos y los seres queridos están luchando ... Europa es una preocupación muy nuestra, mientras que el conocimiento o el interés por Extremo Oriente es escaso en este país ... No creo que ningún comité pueda hacer gran cosa por alterar «el estado de la moral» ... El primer ministro ha dejado muy claro al pueblo que es su deber ocuparse de Japón cuando llegue el momento...

Aquellos británicos que sí pensaban en los japoneses compartían su repugnancia hacia ellos con los estadounidenses. En 1944, después de difundirse unos informes sobre el maltrato de prisioneros, un editorial del *Daily Mail* proclamaba: «Ha quedado demostrado que los japoneses son una raza infrahumana ... Deberíamos tomar la decisión de declararlos ilegales y, cuando les hayamos echado a patadas a su país de salvajes, dejarlos vivir ahí completamente aislados del resto del mundo, como en una leprosería infecta».⁶ El historiador estadounidense John Dower explica las actitudes occidentales en términos de racismo. El almirante estadounidense William Halsey ya había empleado este mismo tono después de Pearl Harbor, asegurando que cuando acabara la guerra «a los japoneses solo les dirigirán la palabra en el infierno». Un audiovisual del departamento de Guerra de los Estados Unidos para promocionar los bonos de guerra empleaba el lema «cada bono mata a un japonés». Un fabricante de metrallas estadounidense anunciaba sus productos diciendo que servirían para hacer «grandes agujeros rojos en pequeños hombres amarillos». Tampoco era comparable a lo que sucedía en los frentes europeos la práctica, común en el Pacífico, de secar y conservar cráneos de japoneses como *souvenirs* y enviar huesos pulidos del enemigo a los seres queridos. Un brigadier británico destinado en Birmania declinó aceptar cierto informe del 4.º batallón del 1.º regimiento gurja sobre la proximidad de los «nipos»; el coronel, Derek Horsford, envió entonces una patrulla en busca de pruebas y, al día siguiente, dejó tres cabezas de japoneses, prendidas en una cuerda, al lado de la mesa de su comandante. El general de brigada le respondió: «No vuelvas a hacerlo. La próxima vez, aceptaré tu palabra».⁷

Pero los que argumentan que fue la extrañeza de la apariencia y la cultura japonesa lo que generó un odio y crueldad sin par hacia ellos no le dan la suficiente importancia al hecho de que los japoneses iniciaron e institucionalizaron la barbarie hacia civiles y prisioneros. Es cierto que los Aliados pagaron con la misma moneda, pero en un mundo imperfecto no

sería muy realista esperar que un combatiente en guerra otorgue un trato a sus adversarios mucho mejor que el que él mismo recibe de ellos. Era bien conocido en todo el mundo que, años antes de Pearl Harbor, los japoneses masacraban a civiles chinos. Las fuerzas de Tokio cometieron brutalidades sistemáticas contra civiles y prisioneros de los Aliados en Filipinas, las Indias Orientales, Hong Kong y la península malaya —por ejemplo, la matanza de chinos fuera de Singapur, en 1942— mucho antes de que se registrara la primera atrocidad de los Aliados hacia los japoneses.

Este fanatismo japonés en el campo de batalla hizo que los comandantes de los Aliados favorecieran el uso de métodos extremos para derrotarlos. Por ejemplo, los japoneses se negaban a rendirse incluso cuando una posición militar se hacía indefendible, a diferencia de lo que era común en las guerras occidentales. En agosto de 1944 llegaban cincuenta mil prisioneros alemanes cada mes a los Estados Unidos, mientras que los prisioneros japoneses, después de tres años de guerra, eran todavía menos de dos mil. Los comandantes aliados no estaban dispuestos a que sus hombres arriesgaran la vida por permitir que sus enemigos se inmolaran.

La misión anglo-estadounidense de Lethbridge, que recorrió los teatros de guerra para ofrecer asesoramiento táctico, urgía en un informe de 1944 a que se empleara gas mostaza y fosgeno contra las posiciones de defensa subterráneas de los japoneses. La conclusión de tal informe fue refrendada por Marshall —general de las fuerzas aéreas de los Estados Unidos—, Arnold y MacArthur, aunque este último aborrecía la idea de bombardear ciudades japonesas. El equipo de Lethbridge escribió: «Somos de la opinión de que las fuerzas japonesas no serán capaces de sobrevivir a un ataque químico ... a gran escala ... [Ese] es el método más rápido de terminar la guerra satisfactoriamente».⁸ A pesar de que la opinión pública favorecía el uso del gas, la propuesta fue vetada por el presidente Roosevelt.

Sin duda, la victoria sobre Japón supuso para los Aliados una inversión de la dolorosa y humillante situación en que habían quedado tras las derrotas de 1941 y 1942. Pero no parece acertado argumentar que los estadounidenses se comportaron de manera cruel con los japoneses, una vez que cambió el rumbo de la guerra, simplemente por ser estos de raza asiática. Los estadounidenses mantenían una historia de amor histórica con otros asiáticos: el pueblo de China, una nación a quien Estados Unidos intentó convertir en una gran potencia. No cabe duda de que el odio, el desprecio y finalmente la crueldad que los estadounidenses muestra-

ron hacia sus enemigos del Pacífico estuvo inspirada por la conducta de estos, más que por las diferencias raciales.

Bien podría ser cierto que la fisonomía japonesa se prestaba a la caricatura anglosajona, pero parece un error argumentar, por ejemplo, que los estadounidenses se sintieran con derecho a incinerar a los japoneses y finalmente atacarles con la bomba atómica solo por motivos racistas. Más bien se podría decir que eran un pueblo que se había ganado una reputación pésima por su comportamiento inhumano, no solo contra sus enemigos occidentales, sino también contra sus propios súbditos asiáticos. Aunque los Aliados trataron a los japoneses de un modo brutal durante los últimos meses de la guerra, me parece un error percibir por ello una equivalencia moral entre ambas partes.

En el auge del imperio japonés, en 1942, este se extendía sobre más de cincuenta millones de kilómetros cuadrados. Si bien la mayoría de ellos eran de agua, solo las conquistas terrestres de Tokio ya eran un tercio mayores que las de Berlín. Las fuerzas japonesas se desplegaron desde el extremo nordeste de la India hasta la frontera norte de China, desde los miles de islas de las Indias Holandesas hasta las selvas inexploradas de Nueva Guinea. Pocos soldados aliados eran conscientes de que, a lo largo de la guerra, se había desplegado más de un millón de hombres —aproximadamente la mitad de las formaciones militares de Tokio— para acuartelar Manchuria y mantener la ocupación de China Oriental. Para el verano de 1944, mientras algunas formaciones japonesas todavía conservaban Nueva Guinea y Bougainville, las fuerzas estadounidenses habían avanzado hacia el este por el Pacífico, despojando al enemigo de sus bases aéreas y navales isla por isla. Diecinueve divisiones —alrededor de la cuarta parte de las fuerzas del ejército imperial— se desplegaron contra los británicos y los chinos en Birmania y acuartelaron la península malaya. Veintitrés divisiones más, algunas reducidas a fragmentos —entre todas, constituían otra cuarta parte de la capacidad de combate de los japoneses— se enfrentaron a los soldados y *marines* de los Estados Unidos en su línea de avance oceánica.

En un pasaje jocosos de la Guía oficial de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos para su teatro de guerra, en 1944, se decía:

A los estadounidenses debería gustarles el Pacífico, puesto que les gustan las cosas grandes: el Pacífico es lo suficientemente grande como para satisfacer a los más exigentes ... Las tiendas y los cobertizos prefabricados son lo que más abunda en las islas que ocupamos. En las discusiones con

los árboles, siempre ganan los *bulldozers*. Los estadounidenses que van a menudo a comer a las Carolinas tendrán problemas para controlar su envengadura. Los alimentos básicos de los nativos son las verduras de fécula: el fruto del árbol del pan, el taro, el ñame, los boniatos y la maranta. La gonorrea está presente en al menos un tercio de los nativos y también hay casos de sífilis.⁹

Casi cuatrocientos mil soldados británicos sirvieron en Extremo Oriente, junto con más de dos millones de soldados del ejército británico de la India. En otras palabras, aunque los Estados Unidos marcaron el curso de la guerra contra Japón, los británicos movilizaron a muchas más personas para aportar su propia y modesta participación. Alrededor de 1.250.000 estadounidenses sirvieron en el Pacífico y Asia, una zona de operaciones que abarca un tercio del globo. De estos, el 40 por 100 de los oficiales y el 30 por 100 de los hombres pasaron algún tiempo en combate, si interpretamos generosamente el término. Más del 40 por 100 de ellos no tomaron parte alguna en la acción, sino que trabajaban en las organizaciones de apoyo necesarias para mantener a ejércitos, flotas y fuerzas aéreas a miles de kilómetros de su país.

Nunca había hombres suficientes para mover las provisiones cuando las tropas avanzaban. La logística influye decisivamente sobre toda estrategia, pero en el Pacífico esto era especialmente cierto. Marshall y MacArthur consideraron una propuesta que consistía en enviar a cincuenta mil campesinos chinos, durante un mes, para reforzar la mano de obra en la retaguardia, y la desestimaron únicamente porque los aspectos prácticos eran demasiado complejos. Las pérdidas eran constantes. Es comprensible que los estadounidenses que luchaban por su vida fueran negligentes en el cuidado de los alimentos, las armas, el equipamiento y los vehículos. El coste acumulativo era enorme, dado que todas y cada una de las raciones de comida y todos y cada uno de los neumáticos tenían que cruzar medio mundo para llegar al campo de batalla. Hasta el 19 por 100 de algunas clases de alimentos se echaba a perder durante el tránsito, a causa del clima, del mal empaquetado o de la falta de cuidado en la manipulación.¹⁰

Muchos de los hombres que lucharon en 1944 y 1945 eran solo unos niños en septiembre de 1939, o incluso en diciembre de 1941. Philip True tenía dieciséis años y estudiaba en el instituto cuando tuvo lugar el episodio de Pearl Harbor. Nunca imaginó que participaría en la segunda guerra mundial, pero en 1945 pilotaba un B-29. Era una mera cuestión

de suerte si un hombre llamado a filas acababa atrincherado en un hoyo en Okinawa, en la cabina de un caza Spitfire o desempeñando labores administrativas en el cuartel general en Delhi. Para millones de personas de todas las nacionalidades, tomar parte en la guerra suponía viajar muy lejos de sus hogares; en ocasiones, embarcándose en verdaderas epopeyas a través de océanos y continentes, a riesgo de perder la vida.

Muchos adolescentes británicos y estadounidenses, que no habían salido hasta entonces de su comunidad, encontraron en el servicio militar una fuerza unificadora y educativa. Aprendieron que lo único que compensa en la guerra es la hermandad que se forja entre los soldados. «Lo que realmente recuerdo son las personas»,¹¹ afirmaba Jack Lee De-Tour, piloto de las fuerzas aéreas estadounidenses (USAAF), que bombardeó el sudeste de Asia desde la India. Cuando regresaban a casa de permiso, muchos de los hombres se sentían muy alejados de los civiles que no habían compartido sus peligros y sacrificios. Para Emory Jernigan, marinero estadounidense, «solo importaban los camaradas de a bordo». ¹² Eugene Hardy, compañero de un contramaestre, venía de una familia tan pobre que nunca había pisado un restaurante hasta que se unió a la Marina en 1940.¹³ Los hombres aprendieron a convivir con otros hombres de procedencias muy distintas, y que a menudo tenían perspectivas bastante diferentes. Por ejemplo, un millón de discusiones de cantina y trinchera entre estadounidenses norteamericanos y sureños incluía la frase: «¿Quieres que un negro se case con tu hermana?». De alguna forma, la mayoría de los hombres aprendieron mucho acerca de puntos de vista distintos a los suyos y sobre la tolerancia mutua.

Las reflexiones que un soldado británico escribió en su diario sobre su experiencia como recluta tienen una validez casi universal:

Los hombres viven siempre conscientes de que sus corazones, sus raíces y sus orígenes están en otra parte, en otra vida ... Comparan las dificultades, las privaciones y la fatiga con el recuerdo de un pasado que esperan poder continuar en el futuro ... Como sus corazones están en otro lugar, se enfrentan al presente protegiéndose tras una coraza.¹⁴

El autor quería decir que muchos combatientes intentan conservar la cordura escondiendo algún rincón de sí mismos tras un escudo que les separe de la realidad inmediata, tan a menudo desagradable. Algunos oficiales de la Marina de los Estados Unidos se quejaban de la actitud, indigna de un buen marino, de los criptoanalistas que trabajaban en el

magnífico centro de desciframiento de la flota del Pacífico en Honolulu, conocido con el nombre en clave de «Mágico», que desempeñó un papel crucial en la victoria de los Aliados. Su comandante desestimó sus protestas: «Tranquilos. Siempre hemos ganado las guerras con un puñado de civiles de uniforme ansiosos por volver a sus propios asuntos y ganaremos esta de la misma forma».¹⁵

Winston Churchill expresó a menudo su convicción de que la conducta apropiada durante la guerra exigía «hacer que el enemigo sangre y sufra todos los días». Las campañas del Pacífico y de Birmania, por el contrario, se caracterizaron por periodos de intensa lucha mezclados con largos intervalos de inactividad y preparación. Mientras que en el frente ruso las fuerzas contrarias estaban en contacto permanente, y lo mismo sucedió en el noroeste de Europa a partir de junio de 1944, en Oriente, las tropas japonesas y aliadas a menudo estaban separadas por cientos, incluso miles de kilómetros de mar o de selva. Muy pocos de los occidentales que sirvieron en la guerra contra Japón disfrutaron la experiencia. Los veteranos estaban de acuerdo en que el desierto norteafricano era el teatro más agradable o, mejor dicho, el menos terrible. Partiendo de ahí y ascendiendo en la escala del dolor estaban el noroeste de Europa, Italia y, en último lugar, el Extremo Oriente. Pocos soldados, marinos o aviadores se sintieron plenamente a gusto durante su servicio en Asia o el Pacífico. El calor sofocante bajo la cubierta de un navío de guerra hacía que la rutina diaria resultara agotadora, incluso antes de que el enemigo apareciera. Las únicas interrupciones después de meses en el mar eran las breves temporadas en campos de descanso abarrotados en algún monótono atolón. Para los que luchaban en las campañas de tierra, la enfermedad y la privación eran constantes y rivalizaban, como amenazas letales, con un enemigo de ingenio e inclemencia infinitos. «Todos los oficiales que están en casa quieren ir a otros teatros porque allí hay más publicidad»,¹⁶ según afirmó el teniente general Robert Eichelberger, uno de los comandantes del cuerpo de MacArthur, en una lúgubre carta a su esposa.

Eichelberger era un soldado profesional, uno de aquellos a los que la guerra les proporcionaba una grandísima oportunidad de realización y ascenso. Los civiles de uniforme, sin embargo, eran vulnerables al sufrimiento descrito por el novelista británico Anthony Powell como: «ese abatimiento terrible y recurrente del ejército, esa sensación de que a nadie le importa lo más mínimo si vives o mueres».¹⁷ Programas como «Hola, mamones» y «La rosa de Tokio», en Radio Japón, se burlaban de millones de soldados aliados: «Yo lo pasé muy bien anoche; probable-

mente, vuestras esposas y novias también. ¿Qué tal lo habéis pasado vosotros?». El cabo Haskel Ray, del ejército estadounidense, escribió desde el sur del Pacífico a una joven actriz de Hollywood llamada Myrtle Ristenthart, cuya foto había visto en la revista *Life*. Rodgers y Hammerstein habrían comprendido sus sentimientos:

Mi querida Myrtle: supongo que te preguntarás quién es este extraño que te escribe. Estamos aquí en el Pacífico, nos sentimos solos y se nos ocurrió escribirte unas líneas ... Aquí no hay chicas, solamente algunas nativas y enfermeras a las que no podemos ni acercarnos ... Por favor, cuando tengas tiempo, responde a esta carta y si tienes una foto pequeña te lo agradeceríamos mucho.

Atentamente, RAY.

P.D.: Soy indio, de pura sangre y muy guapo.¹⁸

«Aquí tenemos una luna de Birmania sin una sola chica a la vista y con unos cuantos *japos* muertos que nos contagian su hedor», escribía abatido el sargento Harry Hunt, de la 14.^a división del ejército británico, a un familiar en Inglaterra. Y continuaba:

Tiene que ser maravilloso volver a casa, solo por huir de este calor y este sudor, de estos nativos, por estar con hombres blancos ... Ahí está, otra vez, la lluvia. Lluvia, lluvia, eso es todo lo que hay aquí, y después la humedad, que te va comiendo los huesos lentamente, te despiertas sintiéndote muy extraño, siempre tienes sueño. No sé si voy o vengo, mejor dejarlo ahora antes de empezar a maldecir. Recuerdos a papá, mamá y los demás.¹⁹

Uno de los oficiales de alto rango de Hunt, el general de división Douglas Gracey, contemplaba esta triste estampa desde una perspectiva más elevada:

Casi todos los *japos* luchan hasta el final o huyen para luchar otro día. Mientras la moral aguante, debemos aceptar que la toma de una posición japonesa no termina hasta que no hayamos matado hasta el último *japo* (que, por lo general, está varios metros bajo tierra). Incluso en las circunstancias más desesperadas, el 99 por 100 de los japoneses prefiere la muerte o el suicidio a ser apresado. La lucha es más total que en Europa. El *japo* puede compararse al nazi más fanático y como tal debe tratarsele.²⁰

El teniente Richard Kennard, desde una de las batallas de las islas del Pacífico, en las que estaba sirviendo como observador avanzado de la 1.^a división de infantería de Marina de los Estados Unidos, escribía:

Queridos mamá y papá:

La guerra es terrible, es verdaderamente espantosa. No tenéis idea de lo que duele ver a los chicos de nuestro país acribillados a balazos, heridos, sufriendo el dolor y el agotamiento, y los que caen para no volver a moverse nunca. Cuando termine esta guerra voy a valorar y respetar más que ninguna otra cosa la dulzura, la ternura y la delicadeza. Los líderes de nuestra sección y los comandantes de nuestra compañía tienen más miedo de lo que pueden pensar sus hombres de ellos, si no se enfrentan al fuego del enemigo y se adentran con ellos en el peligro, que de ser alcanzados por los disparos de los japoneses. Cuando estoy en la línea de frente mantengo los dedos cruzados en todo momento, y todas las noches rezo para que las balas no me alcancen.²¹

Con sus, como mínimo, quince millones de muertos, el pueblo de China pagó un precio mucho más terrible que cualquier otra nación beligerante por participar en la lucha contra los japoneses. El país había estado en guerra desde 1937. Pocos chinos se atrevían a anticipar el final de sus miserias y, mucho menos, una victoria. Según el capitán Luo Dingwen, del ejército nacionalista de Chiang Kai Shek: «en 1944, no parecía haber ni la más mínima razón para suponer que la guerra podría terminar en 1945. No teníamos ni idea de cuánto tiempo más tendríamos que seguir luchando». ²² Uno de los camaradas de Luo, el capitán Ying Yungping, describió una batalla característica de 1944 en la que, al cabo de dos horas, la contienda dio un giro radical para ponerse en contra de los chinos:

Nos dieron orden de retirarnos. Un maremágnum de hombres, caballos y carros retrocedía cambiando el curso de la corriente. Era un caos. De repente vi como Huang Qixiang, nuestro general, huía y nos adelantaba a lomos de un caballo, en pijama y con una sola bota. Me pareció absolutamente chocante e indecoroso. Si los generales huían, ¿por qué tendrían los soldados rasos que quedarse a luchar? Los japoneses estaban enviando tanques y, aunque nosotros no teníamos nada con que enfrentarnos a los tanques, yo sentía que no podía dejar que los japoneses nos pisotearan sin más. Llamé a mi 8.^a sección, cuyo comandante era el hombre más valiente del regimiento, y le dije que tomara una posición de bloqueo. Resistieron durante horas; los japoneses estaban completamente desconcertados ante esta resistencia justo cuando todo estaba yendo a su favor. Perdimos la batalla, pero fue importante ganar aunque solo fuese una pequeña parte de ella. Poco después encontré al general y le dije que no corría peligro si quería regresar para coger su uniforme.²³

Un gran número de civiles chinos desempeñó únicamente el papel de víctimas. Chen Jinyu era una campesina de dieciséis años que plantaba arroz para los ocupantes japoneses de Jiamao, su pueblo. Un día, los japoneses la informaron de que iban a trasladarla a un «grupo de servicio en el frente». En sus palabras: «Como era joven, no tenía ni idea de lo que eso significaba, pero pensé que cualquier tarea sería menos dura que trabajar en el campo». Una semana más tarde, descubrió la naturaleza de su nuevo cometido al ser violada por un grupo de soldados japoneses. Se escapó y volvió a casa, pero un intérprete fue a decirles que su familia sufriría muchísimo si no regresaba a cumplir sus funciones. Chen Jinyu permaneció en el fuerte local japonés como «mujer de solaz» hasta junio de 1945 cuando, cansada de las palizas, huyó a la montañas y se quedó allí escondida hasta que oyó que la guerra había terminado.

Tan Yadong, una china de diecinueve años que sirvió a los japoneses de la misma manera, fue acusada por un oficial japonés de ser «persona desobediente». Después de dos periodos de cinco días recluida en soledad, «me convertí en una persona obediente». A Tan Yadong le recordaron con crudeza cuáles eran las consecuencias de contrariar a los japoneses cuando una de sus compañeras no tomó la medicina anticonceptiva y se quedó embarazada. «No querían bebés, así, que colgaron a la pobre chica de un árbol. La mataron abriéndola en canal con un cuchillo delante de toda la gente del pueblo. Yo estaba muy cerca, a solo seis o siete metros; pude ver cómo el bebé se movía.»²⁴

Al menos un millón de vietnamitas murieron a causa de la gran hambruna que padeció su país en 1944-1945, debida a la insistencia, por parte de los japoneses, de convertir los arrozales en cultivos de fibra para el uso de los ocupantes. Gran parte del grano se envió a Japón y el arroz se requisó para elaborar alcohol combustible. Los pueblos de Filipinas y las Indias Holandesas también sufrieron terriblemente. En total, unos cinco millones de habitantes del sudeste de Asia murieron a causa de la invasión y ocupación japonesa, incluidos setenta y cinco mil esclavos que trabajaban en el ferrocarril de Birmania. Si bien los británicos no podían sentirse muy orgullosos de su administración del subcontinente indio, donde los invitados blancos de los clubes de Calcuta podían comer huevos y panceta sin límite mientras los bengalíes se morían de hambre en las calles, nunca llegaron a igualar la barbarie sistemática de la hegemonía japonesa.

Las fuerzas estadounidenses se abrieron paso a través del Pacífico con el apoyo de un impresionante despliegue de recursos y tecnología. Los

observadores estadounidenses que se encontraban en el Asia continental estaban horrorizados por el contraste de todo ello con la miseria que ellos percibían en todas partes, así como impresionados por la agitación de las fuerzas políticas. «Miles de millones de personas están cansadas de cómo funciona este mundo; viven literalmente en tal sometimiento que no tienen nada que perder excepto sus cadenas», escribieron Theodore White y Annalee Jacoby en 1944. Hablaban de la esperanza de vida de la India —la joya de la corona británica—, que era de tan solo veintisiete años; de una China en la que la mitad de la población moría antes de cumplir los treinta. Describían los cuerpos sin vida de los niños explotados que se recogían cada mañana a las puertas de las fábricas de Shanghai; hablaban de las palizas, los latigazos, las torturas, la enfermedad y el hambre que eran moneda común en todo el continente.

Durante las hambrunas de China, muy empeoradas por la guerra con Japón, la gente cazaba hormigas, devoraba las raíces de los árboles, se comía el barro. El *North China Herald* deploraba la preponderancia del secuestro y la extorsión: «en algunos distritos, se ha convertido en una costumbre asar a las víctimas en grandes ollas, sin agua, hasta que la carne se desprende del hueso».²⁵ White y Jacoby escribieron: «En toda Asia, la vida está imbuida de unas pocas certezas: el hambre, la humillación y la violencia».²⁶ Este es el mundo que los estadounidenses pensaban que tenían que salvar, no solo de los japoneses, sino también de los imperialistas de cualquier tendencia, incluidos sus aliados más cercanos, los británicos. Churchill albergó la infundada creencia de que la victoria sobre Japón permitiría a Gran Bretaña mantener su dominio sobre la India y reafirmar su control de Birmania y la península malaya. Los Estados Unidos acariaban una fantasía paralela, igual de grande y errónea, sobre lo que podrían hacer con China. *Why We Fight* (¿Por qué luchamos?), la obra de Frank Capra sobre China, incluida en la famosa serie de documentales del departamento de Guerra de los Estados Unidos, retrataba el país como una sociedad liberal y ni siquiera mencionaba a los comunistas.

Los japoneses, mientras tanto, albergaban sus propias ilusiones. Incluso en una fecha tan avanzada como la del verano de 1944, buena parte de su imperio todavía parecía asegurado, al menos a los ojos de sus dirigentes más humildes. Al cadete Toshiharu Konada le encantaba hacer «excursiones a la costa» de Java desde el crucero pesado *Ashigara*: «éramos jóvenes y todo nos resultaba muy exótico». Una vez, un coro de niños del lugar cantaron canciones japonesas durante una fiesta de despedida de la flota. Konada y un grupo de tripulantes de su barco cenaron en

un restaurante italiano de la zona, sin quitarle los ojos de encima a la hija del propietario, una de las primeras chicas europeas que habían visto nunca. «Pensé que tenía ante mis ojos el prometedor futuro de Asia. Toda la zona parecía tan pacífica. En Singapur, muchos de los chinos eran agradables con nosotros.»

Konada, de veinte años, era hijo de un oficial de Marina al mando de una base en el Pacífico. Él quería ser médico, pero renunció a esa vocación cuando fue llamado a filas en 1943. «Sabía que había que defender a Japón y yo quería aportar mi granito de arena.» Al año siguiente, cuando al *Ashigara* y sus «barcos consorte» se les asignó un nuevo destino en el norte de Japón (para protegerlos de la amenaza estadounidense, procedente de las islas Aleutianas), «empezamos a sentir que el peligro iba en aumento». En la sala de armas «nunca se hablaba de lo que podría pasar después de la guerra, porque nos parecía muy remoto». Él no sabía nada del destino de su padre, porque no había correo desde las islas del Pacífico. Los jóvenes, sencillamente, se concentraban en sus tareas inmediatas: estudiar mucho para los exámenes de promoción y escribir diarios que los oficiales de su división examinaban rigurosamente.

Las distracciones eran pocas mientras la flota esperaba el momento de entrar en acción. Todas las noches, Konada o algún otro oficial subalterno tomaba el mando de un barco de guardia y patrullaban las aguas que rodeaban al *Ashigara*. Sus mayores diversiones consistían en divisar lo que en la oscuridad parecía un hombre-rana, pero resultaba ser una tortuga gigante, o detectar algún rastro de torpedos, que en realidad no era más que un banco de atunes. Los chicos reconocían el poder de las Armadas estadounidense y británica, pero cuando contemplaban los anclajes de las nutridas filas de navíos de guerra, cruceros y destructores que Japón aún poseía, no veían razón alguna para perder la esperanza. «Entendíamos que iba a ser una guerra larga y dura, pero nos parecía que merecía la pena librarla para conseguir paz y seguridad en Asia.»²⁷

El capitán de corbeta Haruki Iki había participado en el combate aéreo desde 1938, cuando bombardeó a los chinos, ya en retirada, en la ribera del río Yangtsé. Iki, que en aquellos momentos tenía treinta y dos años, era un hombre famoso en la Marina japonesa, por ser el piloto que había hundido el *Repulse* en la península malaya. En el verano de 1944, estaba al mando de un escuadrón que llevaba a cabo labores de reconocimiento de larga distancia desde el archipiélago de Truk. El escuadrón fue bombardeado casi diariamente por los B-24 *Liberator* estadounidenses, desde gran altura y, aunque la mayoría de las bombas caían en el mar, los bom-

bardeos obligaban a los aviadores japoneses a pasar muchas horas refugiados en cuevas. En el aire, los aviones que estaban bajo el mando de Iki sufrieron un desgaste implacable. El reemplazo de la tripulación llegaba con soldados de escasa formación, de manera que Iki acabó enseñando los procedimientos de envío y recepción de señales a operadores que conocían los principios del código morse, pero nunca habían tocado un transmisor. Con el verano avanzado, su fuerza aérea se había reducido de treinta y seis aviones a doce, por lo que se ordenó su retirada a Japón, donde asumiría el mando de una unidad de bombarderos Yokosuka *Ginga*.

Masashiko Ando, de veintitrés años, era hijo de un gobernador japonés en Corea. Ninguno de los hijos de este aristócrata quería escoger la carrera militar, pero todos se vieron obligados a hacerlo. El mayor murió luchando en Saipán y el segundo como médico militar, en Nueva Guinea. En julio de 1944, Masashiko era el único superviviente y acababa de graduarse en la escuela de vuelo de la Academia de la Marina. Había elegido servir en el mar porque un tío suyo, al que admiraba, era oficial de la Armada. Tuvo la suerte de formar parte de una de las últimas clases de cadetes que recibieron una formación sólida, antes de que los aviones y el combustible escasearan. Cuando se distribuyeron los destinos, él fue el único cadete que había solicitado pilotar un hidroavión. Al cabo de un mes, ya estaba realizando patrullas antisubmarinos en un bombardero Judy monomotor, de tres plazas.

Las misiones rutinarias de Mashashiko y su tripulación duraban dos o tres horas y consistían en cubrir a convoyes que se dirigían lentamente hacia Japón desde la península malaya o las Indias Holandesas. Sus aviones eran primitivos, en comparación con los Aliados: carecían de radar, llevaban únicamente un dispositivo magnético de detección de barcos y tenían una única carga de profundidad de cincuenta y cinco kilos, por si se daba la improbable eventualidad de encontrar un submarino estadounidense. Llevar a cabo esas búsquedas dos veces al día, un mes tras otro, podría parecer una tarea pesada, pero a Ando, que le encantaba volar, no se lo parecía. Los aplicados miembros de su tripulación, Kato y Kikuchi —más jóvenes, pero con parecida experiencia naval— escudriñaban el mar con atención, en busca de la estela de un periscopio.

Al cabo de un rato, bebían termos de café y se tomaban sus raciones de comida, que habían mejorado algo desde que un piloto se quejó con asco al oficial encargado: «¡Todos los días pueden ser el último de nuestras vidas! ¿Esta porquería es lo mejor que nos puedes preparar para nuestra última comida?». Si necesitaban orinar durante el vuelo, tenían

que poner en marcha un procedimiento complejo. Cada uno llevaba una bolsa de papel aceitado doblada; una vez llena y cerrada mediante un nudo, el piloto la pasaba por encima del hombro al operario de búsqueda, que ocupaba el asiento trasero, quien a su vez lo tiraba por una ventana. Si no se hacía con cuidado la bolsa podía estallarles en la cara. Incluso durante el último año de la guerra, en las bases japonesas de Indochina y las Indias Holandesas había provisiones y combustible de sobra. Lo único que escaseaba eran los reemplazos de tripulación. Según dijo Ando: «Nos dimos cuenta de que Japón estaba pasando apuros, pero no de que corríamos peligro de perder la guerra. Los jóvenes pensábamos que, pasara lo que pasara, podríamos darle un giro a la situación».²⁸

Al oficial del Estado Mayor Shigeru Funaki casi le avergonzaba que su vida en el cuartel general del ejército chino, en Nanjing, fuera tan segura y confortable, con buena comida y sin bombardeos del enemigo:

En Japón, uno era muy consciente del desastre en el que estábamos metidos, pero en China, nuestras vidas parecían tan normales que nos confiamos y llegamos a pensar que nuestro país saldría bien parado. Yo siempre estaba orgulloso porque, pasara lo que pasara en otros teatros, en China seguíamos venciendo. Por esa razón me parecía un buen lugar en el que servir.²⁹

Muchos jóvenes japoneses, no obstante, descubrieron por medio de la propia experiencia la creciente vulnerabilidad de su imperio. En octubre de 1944, el teniente Masaichi Kikuchi fue destinado a las islas Célebes, al sur de Filipinas.³⁰ Después de haber despegado en Japón, él y su cupo de soldados se vieron obligados a aterrizar en Formosa, debido a un fallo del motor. Permanecieron aislados allí durante dos meses, entre varios cientos de hombres en parecida situación, soportando un chaparrón de bombas americanas. Cuando finalmente escaparon, no se dirigieron a las Célebes, tomadas por los estadounidenses, sino a Saigón. Un viaje por mar que normalmente duraba un día les llevó una semana, ya que su convoy de petroleros vacíos permanecía cerca de la costa durante el día y solo avanzaba hacia el sur mediante rápidos movimientos nocturnos. Se mantuvo a los pasajeros militares en alerta antisubmarina casi permanente y el convoy fue bombardeado cuatro veces.

Herido y agazapado en una cueva en una isla del Pacífico, el sargento Hiroshi Funasaka observaba un campamento estadounidense desde la altura:

Me imaginaba a los estadounidenses profundamente dormidos en sus tiendas. Bien habrían podido estar descansando o leyendo una novela. Por la mañana se levantarían tranquilamente, se afeitarían, se tomarían un buen desayuno y después vendrían a por nosotros, como de costumbre. El mar de luces eléctricas era un potente testigo mudo de su «ataque por abundancia» ... Tuve una visión de la isla como el cielo y el infierno, separados tan solo por unos cientos de metros.³¹

Nadie anhelaba la victoria de los Aliados con más desesperación que los prisioneros de guerra en manos de los japoneses, muchos de los cuales ya habían muerto. Los que lograron sobrevivir estaban destrozados por la enfermedad, la desnutrición y los trabajos forzados. El soldado británico Fred Thomson escribió en Java:

Acabamos de empezar un nuevo turno de diez horas. Está por ver cuánto aguantarán los chicos. Todos hemos dejado de preguntarnos cuándo saldremos de esta. Nos hemos llevado tantas decepciones... Estamos todos llenos de piojos, pero bueno, es una distracción: caza mayor. Seguimos sonriendo.³²

En el verano de 1944, solo algunos cientos de miles de los japoneses que lucharon contra los Aliados en Nueva Guinea, las islas del Pacífico o Birmania, por mar o por aire, habían visto anteriormente la aplastante potencia de fuego que se desplegaba ahora contra su país. Todos los japoneses eran conscientes de las privaciones impuestas por el bloqueo estadounidense, pero las islas principales solo habían sufrido bombardeos poco sistemáticos. La perspectiva de una derrota indigna, que los alemanes ya habían experimentado mucho antes del final de la guerra debido a los ataques aéreos y las bajas masivas en el frente oriental, era todavía algo remoto para Japón. Hacia finales de 1944, el pueblo de Hitler había sufrido ya más de la mitad de las pérdidas totales de la guerra: más de tres millones de muertos.

Por contra, un año antes de la capitulación, la nación de Hirohito había sufrido solo una pequeña fracción de lo que serían sus víctimas militares y civiles. Las catástrofes humanas de Japón se acumularon en los últimos meses de la guerra, durante su inútil pugna por impedir lo inevitable. Los mandos militares y líderes políticos japoneses sabían que su nación se encontraba en una situación desesperada, pero la mayoría de ellos no estaban en absoluto dispuestos a reconocer la lógica de todo ello. En la última fase, alrededor de dos millones de japoneses pagaron el pre-

cio de la ceguera de sus gobernantes, un sacrificio que no sirvió de nada a su país. Después de que los ejércitos de Japón pasaran años recorriendo Asia a su voluntad y llevando a cabo una matanza de enormes proporciones, se acercaba la hora de las represalias.

2. CUMBRE EN OAHU

El avance de Japón a través del Pacífico y el sudeste de Asia alcanzó su punto álgido en 1942, cuando Australia sufría la amenaza de ser invadida y el ejército británico se había visto forzado a retroceder a través de Birmania hasta la India. Fue necesario emprender prolongadas campañas terrestres para recuperar Guadalcanal, Papúa-Nueva Guinea y otras bases del Pacífico tomadas por los japoneses. Los intentos de los británicos de volver a Birmania fueron frustrados. Las tropas estadounidenses se iban concentrando lentamente, conforme al compromiso de Washington de dar prioridad a la guerra en Occidente: «primero, Alemania». La flota estadounidense del Pacífico arrebató el dominio de los mares a los japoneses después de una larga serie de enfrentamientos, grandes y pequeños, que le costaron muchos barcos, muchos aviones y muchas vidas. La contraofensiva de los Aliados se vio además obstaculizada por la rivalidad entre el ejército de Tierra y la Armada estadounidense: ambos servicios trataron de conseguir el dominio mediante campañas separadas contra los japoneses, hecho que trataron de dignificar dándole el nombre de «la estrategia de la doble vía».

A pesar de todas estas dificultades, para el verano de 1944 la fuerza material de los Estados Unidos era abrumadora y el cometa japonés estaba cayendo vertiginosamente. Se había desvanecido el trauma sufrido por los estadounidenses y sus aliados a causa del ataque de Pearl Harbor y la pérdida de Hong Kong, la península malaya, Singapur, Birmania, las Indias Holandesas y un gran número de islas del Pacífico. El reto al que se enfrentaban los líderes de la «gran alianza» ya no era frustrar el avance de Japón, sino ocasionar su destrucción. Los aliados tenían ahora el privilegio de determinar la estrategia, lo que significaba, en el contexto de la guerra en Oriente, que los líderes políticos y militares de los Estados Unidos establecían el rumbo a seguir y después informaban de sus decisiones a los británicos.

El 26 de julio de 1944, a primera hora de la tarde, el crucero *Baltimore* dejó atrás el promontorio Diamond Head, en Hawái, y se adentró en

Pearl Harbor. Los rumores habían reunido a una multitud de soldados y marinos en el astillero naval. A medida que el gran barco de guerra procedente del Fuerte Kamehaha perdía impulso, un remolcador empezaba a asomar lentamente. En él viajaba el almirante Chester Nimitz, comandante en jefe de la flota del Pacífico. El *Baltimore* amarró en el muelle 22B, de forma que más generales y altos oficiales de la Marina pudieran ascender la pasarela y formar filas para saludar al ilustre pasajero del crucero: el presidente de los Estados Unidos. Franklin Roosevelt, que se encontraba en los últimos nueve meses de su vida y en medio de su cuarta campaña electoral para la presidencia, miró a su alrededor en busca de Douglas MacArthur, con quien había venido a reunirse. Le habían informado de que el avión del general acababa de aterrizar. MacArthur estaba de camino desde el Fuerte Shafter y no tardaría en llegar. Como era de esperar, el soldado más famoso de Estados Unidos desde los tiempos de Ulysses S. Grant fue recibido con una calurosa bienvenida a Honolulu. El coche de MacArthur se acercó al muelle y el gran hombre apareció, vistiendo pantalones caqui y una chaqueta de cuero de las fuerzas aéreas, con la insignia y la gorra de capitán general del Ejército. Al sonido del silbato del contramaestre, MacArthur ascendió por la pasarela, saludó a los oficiales del barco y bajó a reunirse con Roosevelt.

MacArthur no solo no deseaba este encuentro, sino que incluso lo desdeñaba. George Marshall y Dwight Eisenhower, junto con el resto de comandantes estadounidenses, británicos, soviéticos, alemanes y japoneses de la segunda guerra mundial, reconocían su subordinación a sus respectivos líderes nacionales. MacArthur, sin embargo, parecía no querer rendir cuentas a ningún poder terrenal. Su título formal era «comandante supremo de los Aliados» en el sudoeste del Pacífico. Casi nunca llegó a estar al mando de más de diez divisiones dedicadas a operaciones de combate, tan solo una fracción de las fuerzas que dirigía Eisenhower en el noroeste de Europa. Es más, en 1944 sus fuerzas contaban con menos de la mitad de tropas terrestres que las desplegadas en Italia, que era de por sí un escenario secundario. Para él era un amargo disgusto el hecho de que se le negara la autoridad sobre todo el teatro y se viera obligado a reconocer al almirante Chester Nimitz, al mando de las fuerzas estadounidenses del área central del Pacífico, como su igual y su rival. MacArthur siempre se había opuesto a la «estrategia de la doble vía», por la que sus elementos se acercaban a Japón por el sudoeste, mientras que la Marina llevaba a cabo sus ofensivas más al norte. MacArthur creía que él era el único árbitro de la guerra estadounidense en Oriente y le enojaba el malgasto de re-

cursos que suponía mantener dos campañas paralelas, si bien nunca se dignó a considerar la posibilidad de que la suya propia podría ser la superflua.

A MacArthur, que contaba 64 años en 1944, le rodeó la controversia a lo largo de todo el ejercicio de su cargo. Desde el mismo día en que se graduó como el primero de su clase en la academia militar de West Point, su capacidad intelectual y de liderazgo le fueron reconocidas. No obstante, como jefe de Estado Mayor del ejército adquirió notoriedad por su implacable supresión de la «marcha del subsidio» que en 1932 protagonizaron los veteranos de la primera guerra mundial en Washington. Su política reflejaba unas convicciones políticas extremadamente derechistas. Tras su retiro en 1935, volvió a Filipinas, la dependencia estadounidense en la que había servido durante su juventud, aceptando su nombramiento como consejero militar del gobierno y comandante de las Fuerzas Armadas. Cuando, en julio de 1941, la amenaza de Japón creció, Roosevelt nombró a MacArthur comandante en jefe de la guarnición estadounidense y de las tropas filipinas de la isla. En esta función de general dirigió la defensa de las islas frente a la invasión japonesa desde diciembre de 1941 hasta marzo de 1942. Entonces la Casa Blanca le ordenó escapar en una lancha torpedera antes de que se rindieran sus famélicos soldados, atrapados en la península de Bataan.

Dentro del ejército se consideraba a MacArthur como el responsable último de la debacle de Filipinas, tanto por las cosas que hizo como por las que dejó de hacer. Esto era injusto, en cierto sentido. Aunque no fue un gran general, ningún otro comandante podría haber detenido el ataque japonés con las pocas fuerzas de las que disponía. Sin embargo, no pocos oficiales de alto rango estadounidenses se habrían alegrado de que este viejo autócrata no hubiera desempeñado ningún otro papel en la guerra. Eisenhower, que había servido a las órdenes de MacArthur, expresó en su diario, durante el sitio de Bataan, su convicción de que sería un error evacuarlo: «Si se llegara a conocer, la opinión pública le forzaría a una posición que podría ser su ruina, dada su afición por estar en el candelero».³³ MacArthur exhibió un gusto por la fantasía bastante inapropiado para un comandante de campaña, una ambición que rozaba la megalomanía y muy poco juicio a la hora de elegir a sus subordinados. Afortunadamente para su imagen pública, solo Roosevelt y unos cuantos más estaban al corriente de que el general había aceptado, en 1942, 500.000 dólares del Tesoro Público de Filipinas, como regalo personal del presidente Manuel Quezón, una transacción extraordinariamente indecorosa por parte tanto del beneficiado como del donante.